

Fuentecita clara,
¡dame de tus aguas, que de sed me muero!...

¡Sé para mis labios igual que la lluvia
para el campo seco!...

¡Que Dios te bendiga!...
¡Que siempre a tu espejo
se asomen a verse, las más rutilantes
estrellas del cielo,
porque con la plata de tus frescas aguas
apagaste la sed del viajero!

X

Como todo, un libro
la vida retrata...

Nace, vive y muere... Puedes decir mucho
y no decir nada!...

Como todos, éste
para nadie y para
todos, está escrito...
Pero a mí me basta
conque lo comenten tus negras pupilas
con la santa piedad de una lágrima!

Como todo, es sólo
ráfaga de polvo que en el viento pasa...
¡Tal vez lleve alguna sangre de mis venas!...
¡Tal vez lleve algunos jirones del alma!

SENSITIVAS

Sensitivas

A JOSÉ L. FERNÁNDEZ

PROLOGO

El vaho de un aliento
que flota en la brisa,
dura más que vosotras, ¡oh, pobres
esperanzas más!

Sois raudas y frágiles
como sensitivas,
que al más leve roce
sucumben marchitas!

Castillos de naipes
que un soplo los tira;
joyeles de espuma
que el viento disipa!...

¡Qué poco durasteis
esperanzas más!

I

Es una antigua costumbre
que guarda piadoso el pueblo,
la de poner una cruz
en donde descansa un muerto.
Con tu desdén enterraste
mis amores en tu pecho...
¡Y ni una cruz como ofrenda
sobre su sepulcro has puesto!

II

En vez de esos mausoleos
que la vanidad levanta,
una cruz y un sauce quiero
que sobre mi tumba haya...
Una cruz que simbolice
la que en el mundo llevara,
y un sauce que triste copie
con su ramaje, mis lágrimas!

III

¡Detén tu nave, marino,
y vuelve otra vez al puerto,
que hay mar de fondo, y se cubre
de nubes el firmamento!...
¡Para tu vuelo, cariño,
y torna al alma de nuevo,
que hay en la mujer que anhelas
aun más nubes que en el cielo...

IV

Lloras, lloras sin consuelo,
porque el invierno secó

con sus heladas, las flores
que adornaban tu balcón...
¡Y sin embargo te ríes
de aquel pobre corazón,
a quien la eterna nevada
de tu desdén, marchitó!

V

Grabé tu nombre en el árbol
en un vértigo de amor,
y lo grabé tan profundo
que hasta el árbol se secó.
Me toco al pecho, y no siento
latir a mi corazón...
¡Quién sabe si igual al árbol
lo habrá secado tu amor!...

VI

Ella cuidaba las rosas
al llegar la Primavera.
Hoy, aunque Mayo ha llegado,
no hay ninguna rosa abierta...
Las manos que las cuidaban,
ahora pálidas y yertas,
cruzadas sobre su pecho,
se pudren bajo la tierra!

VII

Feliz aquel desdichado
que para ahogar su dolor,
aun tiene llanto en los ojos
y gemidos en la voz!...
¡Y triste del que camina
igual que camino yo,

con la sonrisa en los labios
y el llanto en el corazón!

VIII

Buscando albergue llamaron
tus amores a mi pecho,
y una voz les contestó:
—¡Dejad en paz a los muertos!
—Dejad en paz a los muertos—
dijeron, y temblé yo
¡al ver que la voz salía
de mi propio corazón!

LUCHAS

La canción de mi Musa

A ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Yo soy de ese tropel de ruiseñores,
que en el dolor sus cánticos inspira;
¡rosal florido, de los vientos lira,
que a los golpes del hacha, sangra flores!

Mi corazón que hirieron los amores,
aun cuando herido está, de amor delira:
¡cántabro heroico que en la cruz expira,
dando al aire sus himnos triunfadores!

Mi libro es áureo estuche cincelado,
donde encierro los ángulos de abrojos
que me ciñeron mis profundas penas...

Copa de oro y rubí, donde he escanciado
las lágrimas ardientes de mis ojos
y la pródiga sangre de mis venas!

El camino

A MIGUEL EDUARDO PARDO

I

Empapada en sangre,
de abrojos cubierta,
bordeando abismos,
poblada de fieras,
de cuyas pupilas
las fosforescencias
como fuegos fatuos
en las sombras tiemblan,
por el monte arriba, como una serpiente,
se desliza fantástica senda.

La noche sus alas
de sombras perpetuas,
cual negro sudario
tendió sobre ella.

Los vientos la azotan;
la escarcha la hiela;

y sólo la alumbran rojizos relámpagos,
cuyas luces brillan entre las tinieblas,
cual hoscas miradas
que despiden pupilas siniestras.

Cataratas de sangre y de llanto,
de las altas cimas despeñadas ruedan,
con rancos rumores de agónicos ayes,
hambrientos aullidos y horribles blasfemias.

Simbólicas cruces
en la sombra elevan
sus abiertos brazos,
a los cielos pidiendo clemencia;
y azotando el aire
con sus alas negras,
en torno, los cuervos, graznando gozosos,
en bandadas fatídicas vuelan.

Entre los clamores de la lucha, cantos,
carcajadas y besos resuenan...

Son las hadas madrinas del vicio,
las hermosas y ardientes sirenas,
que cual meretrices, en la sombra ocultas,
al viajero acechan;
y le brindan reposo en el lecho,
donde la bacante, desnuda y espléndida,
en los brazos lascivos del sátiro,
en espasmo sensual se revuelca,
hasta que rendida, jadeante, al beso
del goce saciado, los párpados cierra!...

II

.....
Empapada en llanto,

de abrojos cubierta,
 llena de cadáveres,
 poblada de fieras,
 por el monte arriba, como una serpiente,
 se desliza fantástica senda.

.

Un débil viajero
 con trémulos pasos camina por ella.

Los vientos le azotan;
 le rondan los cuervos, la escarcha le hiela,
 y sus ilusiones y sus esperanzas,
 todo lo que al alma nostálgica alegre,
 en sangrientos y rojos jirones,
 para siempre deja,
 de abrupto camino en las zarzas,
 o en los brazos de ingratas sirenas...
 Pero ni la ronca tempestad le asusta,
 ni le espanta el rugir de las fieras...

Y orgulloso, altivo,
 cubierto de sangre, con la faz serena,
 sin temor asciende,
 lanzando a los aires la canción eterna...
 ¡Porque ha visto brillar en la cumbre
 el fulgor inmortal de una estrella!

.

¡Ese débil viaje es mi alma,
 y esa senda tan triste es mi senda!

Pasionaria

A RUBÉN DARÍO

I

Con la cruz a cuestas
 como un Nazareno,
 subí la pendiente... Con groseras burlas
 me insultaba el pueblo.

Pero yo, impasible,
 seguí mi sendero,
 con la risa del héroe en los labios,
 la frente muy alta, mirando a los cielos!

Mi mejor amigo,
 nuevo Cirineo,
 en vez de ayudarme, riéndose hipócrita,
 en mi cruz apoyaba su cuerpo.

Un coro de hermosas y púdicas vírgenes,
vestidas de blanco, flotante el cabello,
nuevos Judas, besaron mi rostro;
y de pálidas rosas ciñeron
mi soberbia frente, rígida y helada
como la de un muerto!

Mas las rosas espinas tenían
las espinas mis sienes hirieron;
y la sangre regó mi camino,
por mi faz, gota a gota, corriendo...

Rióse la plebe;
las blancas deidades también se rieron;
y entre lluvias de piedras y dardos,
con mi cruz al hombro rodé por el suelo.

Pero me alcé altivo,
y mi larga senda recorrí de nuevo,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando a los cielos!

II

La tarde moría;
el sol ocultaba sus tristes reflejos;
y legiones de nubes siniestras
el aire cruzaban con tímido vuelo,
cual tropel fantástico
de gigantes y lúgubres cuervos.

.....
¡Abajo?... La plebe sedienta de sangre!
¡Arriba?... La Sombra... La Nada... El Misterio
con el índice puesto en los labios,
imponiendo a las almas silencio!

Cansado y sin fuerzas,
de sudor y de sangre cubierto,
ascendí hasta la cumbre del monte.

Mis verdugos llagaron mi cuerpo...
De la befa en la cruz me clavarón,
¡y en aplausos las turbas rompieron!

.....
De dolor heridos
temblaron mis huesos...
Doblé la cabeza, se nubló mi vista
y lloré un momento...

Pero en un arranque de soberbia, el alma
enjugó mis ojos,
y quedé de nuevo,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando a los cielos!

III

Tuve sed... ¡Mis lágrimas
a beber me dieron!...

Su lanza la envidia
sepultó en mi pecho!

.....
La noche avanzaba... Bramó la tormenta;
rugieron los truenos;
y a mi frente altiva le ciñó el relámpago
su brillante aureola de fuego.

Se alejaron, cantando, las turbas;
estertor de muerte recorrió mi cuerpo,
y expiró mi alma,

igual que expiraron los titanes griegos,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando a los cielos!

IV

La piedad de un rayo,
con su cris de fuego,
de la cruz bendita
descolgó mi cuerpo...

Obscuro sudario me prestó la sombra,
sepultura el abismo en su seno;
y en los negros brazos de la noche eterna
descendí a la mansión de los muertos,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando a los cielos!

V

A extraños impulsos
me alcé de mi tumba... ¡Salté de mi lecho!...

En las cumbres brillaba la aurora;
y sus rayos dorados y trémulos,
penetrando a través de mis rejas,
mi cuarto inundaban en olas de fuego.

Cantaba la alondra
sobre los floridos rosales del huerto.

.....
Abrí los balcones, y la pasionaria
prendida a sus hierros,
tembló, derramando

de sus blancos capullos abiertos,
áurea lluvia de perlas o lágrimas.

.....
Evoqué el pasado, recordé mi sueño;
y quedé un instante
del balcón apoyado en los hierros,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando a los cielos!

SONETOS

¡Semper!

Sobre el carro de luz de la victoria,
envuelta en regia púrpura, te miro
cruzar en raudos y deslumbrante giro,
por el bélico campo de mi historia.

Tú eres mi dios; tu altar es mi memoria,
¡ante él, de hinojos, sin cesar deliro!,
y son mis versos, si en tu amor me inspiro,
áureas campanas repicando a gloria!

Como en tu sér mi inspiración se encierra,
no temas al olvido. Altiva goza
el perenne verdor de tus laureles...

Que eternamente cruzarás la tierra,
mi corazón llevando por carroza,
y mis fogosos versos por corceles!

Simbólica

Sobre el terso cristal de la laguna,
nuestra velera nave parecía
cisne, que, aleteando, recibía
los luminosos besos de la Luna.

Suspiraban las brisas; la Fortuna
cantando amores, el timón regía,
y tranquilo en tus brazos me dormía
como de niño en la materna cuna.

Mas estalló la tempestad... Llorando,
—¡Déjame en la ribera—me dijiste...
Desde entonces voy solo navegando.

Y cuando el rayo en el espacio brilla,
siempre te miro arrodillada y triste,
rogando a Dios por mí... ¡desde la orilla!

Nocturno

Si oyes en sueños plácidos rumores,
no es la alondra que fiel saluda al día,
¡es el último beso que te envía
mi pobre corazón, muerto de amores!

Si llegan hasta ti gratos olores,
no son brisas del campo, ¡es que tardía
te manda, en un suspiro, el alma mía,
el último perfume de sus flores!

Si ahuyentando tu sueño, de repente
el rumor de unos pasos te despierta,
no es tu ángel bueno, que a besar tu frente,

Entre las sombras, con sigilo avanza...
¡Son mis celos!... ¡Oteló que está alerta,
esgrimiendo el puñal de la venganza!

Recóndita

¡Corazón! ¿Qué te pasa? Cada día
que transcurre, contemplo con espanto
que se agotan las fuentes de tu llanto,
y hasta el volcán de tu pasión se enfría.

Ni te alegra el amor; ni tu energía
se despierta a los golpes del quebranto,
¡y es que has gozado y padecido tanto,
que ya el dolor, como el placer, te hastía.

Nadie te anima, y nada te conmueve,
y despreciando a quien te ofrece abrigo,
sepulcro buscas en tu propia nieve...

¡Vuelve a inspirar de nuevo mis canciones!...
Mi única musa, mi mejor amigo,
¡en plena juventud no me abandones!

Primavera

De flores se cubrieron tus rosales;
zumba la abeja en las abiertas pomas,
y celosas se arrullan las palomas,
volando en los floridos naranjales.

El arroyo nos brinda sus raudales,
frescura el aire y el jardín aromas;
y son, al pie de las vecinas lomas,
alfombras de esmeraldas los trigales.

¡Todo vuelve! Cantó la golondrina
en tu ventana, y en el bosque trina
el ruiseñor... Con el cabello suelto,

cogiendo flores, cruzas la ribera...
Sólo tu amor al corazón no ha vuelto...
¡Para mi corazón no hay Primavera!

Lontananzas

De la vida en las locas bacanales,
de alegres entusiasmos hice gala,
y hoy mi tristeza, en lúgubre, se iguala
a estas brumosas tardes invernales.

Ya ni me cuido de mis propios males;
y hasta ese llanto, que tu amor exhala,
por mi insensible corazón resbala
lo mismo que la lluvia en tus cristales.

Al mirarme tan solo, tristemente,
de hinojos grito, con el alma entera,
al ver que me abandonan en la lucha,

a la Esperanza que se va:—¡Detente!
y al Entusiasmo que se aleja:—¡Espera!...
¡Pero ninguno de los dos me escucha!

Nihil

A ENRIQUE REDEL

Reinaban las sombras
en el camposanto.

En la tierra se abrían las flores
y en el cielo temblaban los astros.

En las negras cruces
de los mausoleos y los campanarios,
lanzaban los buhos
sus medrosos y fúnebres cantos.

Al pie de una tumba, cubierta de sauces,
danzaban las luces de los fuegos fatuos;
y en la fosa común, escondido
entre flores sangrientas, un cráneo,

a la luz de la Luna brillaba
cual bruñido joyel de alabastro.

Entre escombros de viejas ciudades
y ruinosos y antiguos palacios,
estaba la Muerte
una tumba sin fondo cavando...

Y a compás de sus himnos triunfales
el Orgullo Humano,
cincelaba la estatua de un héroe,
en un bloque de mármol de Pharos.

Al Orgullo le dijo la muerte:
—¡Descansa ya, hermano...
Abandona el cincel, y reposa!...

¡No sigas luchando,
que nunca tu numen podrá infundir vida
al alma de piedra que duerme en el mármol!

De tus grandes creaciones, ¿qué resta?
¿En qué cielos fulguran tus astros?...
¡De la nada sin vida surgieron,
y a la nada sin vida tornaron!

De todos tus héroes,
de todos tus sabios,
apenas si caben los póstumos restos
en el hueco que forma mi mano!

¡Dura más que el fulgor de tus Dioses
la luz del relámpago!...—

Se calló la Muerte... Por entre las tumbas
se alejó riendo; y el Orgullo Humano,
se encogió de hombros, y al son de sus himnos,

siguió cincelando
la escultura de un Dios, en un bloque
de mármol de Pharos!...

Desde aquella escena,
siempre que se miran los dos frente a frente,
soberbia la Muerte, ríese del Orgullo,
y altivo el Orgullo desprecia a la Muerte!

Orgullo

¡En vano detenerme tu amor intenta!
 Mi ambición generosa tu voz no escucha...
 ¡Como hay aves que cantan en la tormenta,
 hay almas que nacieron para la lucha!

Deja que vuele libre mi loco anhelo
 y prenderlo no intentes entre tus galas.
 Las alas, aunque rotas, exigen vuelo...
 ¡Y yo siento que en mi alma también hay alas!

Deja que enamorado de la victoria
 por ella en el combate luche atrevido,
 ¡que ascienda con mis ansias hasta la gloria
 o ruede con mis penas en el olvido!

No te inquiete mirarme postrado y preso
 en las duras cadenas de mis pasiones...
 ¡Del cubil de mis vicios yo saldré ileso,
 como Daniel del antro de los leones!

Nada exijo a tus gracias ni a tu hermosura.
 El planeta del astro las luces copia...
 La estrella, por sí misma, brilla en la altura!...
 ¡Es estrella mi numen!... ¡Tiene luz propia!

Al rencor del contrario piedad no imploro!
 Deja que me corone con sus desdenes...
 Cualquier monarca ciñe tiara de oro...
 ¡Tan sólo Dios de espinas ornó sus sienes!

No importa que la envidia siga mi huella.
 Mis méritos no empañan mis detractores...
 ¡Podrá la obscura nube velar la estrella,
 pero apagar no logra sus resplandores!

¡Mi pedestal los Zoilos están labrando!...
 Su crítica sangrienta ya no me abrume...
 ¡Aunque altivas las olas se alcen bramando,
 sobre sus turbias crestas brilla la espuma!

Deja, deja, que siembren de punzadores
 abrojos, el camino de mis laureles...
 ¡El valor las espinas convierte en flores,
 cual la abeja el romero transforma en mieles!

Sin miedo a sus ataques sigo mi ruta,
 pues tiene más dulzuras y más fragancia
 la copa que en la envidia vierte cicuta
 que en la que el servilismo su vino escancia!

No siento que me hieran en la pelea!...
 El golpe del acero siempre es fecundo!...
 ¡Cada gota de sangre guarda una idea,
 y cada idea es germen de un nuevo mundo!

La envidia del contrario mi nombre aclama...
 Surgen las mariposas de los gusanos,,

¡Brotará de sus odios mi propia fama,
como el loto del fango de los pantanos!

Tu amor es mi divisa. Por él resuelto
lucharé en el combate como una fiera,
y si caigo vencido, moriré envuelto
en los gloriosos pliegues de mi bandera.

¡Que me ataquen los viles!... No son nocivas
para el alma del fuerte tan necias mofas...
¡Yo apagaré el murmullo de sus diatribas
con la salva de aplausos de mis estrofas!

Bohemia

A ADOLFO LUNA

De una taberna en el rincón oscuro
una noche de invierno,
en torno de una mesa, discutíamos
unos cuantos bohemios.

Flotando en el ambiente, del tabaco
en la humareda envueltos,
el dolor escanciaba en nuestras almas
el champagne de los lóbregos ensueños.

Y volando, cual negra mariposa,
de cerebro en cerebro,
la neurosis fatídica extendía
suss membranosas alas de murciélago.

Hablábamos de lúgubres presagios
y fúnebres proyectos.

Salvador, el artista luminoso,
el de numen espléndido;

cantor de las lascivas bacanales,
de los azules cielos,
del sol, de los jardines florecientes,
y los nupciales lechos
con doseles de rosas y jazmines,
donde el amante trémulo
de la virgen deshoja los jazmines
y rasga el niveo velo...

El poeta elegante; el que ha encerrado
en sus sonoros versos
la luz de las pupilas de su amada
y el ritmo tembloroso de sus besos:

—Yo—nos dijo—quisiera que la muerte
me sorprendiese, ebrio
de amor y de champaña, de mi virgen
reclinado en el seno,
para tener como sudario digno
de amortajar mi cuerpo,
la luminosa túnica de oro
que forman destrenzados sus cabellos!—

Rafael, el poeta del trabajo,
el Homero del pueblo,
Juvenal implacable de los déspotas,
y Amadís esforzado del progreso;
el que en estrofas que sangrientas brillan
igual que en el combate los aceros,
hizo del menestral un sacerdote
y del taller un templo,

exclamó con voz ronca:—Desearía
sucumbir en la brecha, defendiendo
al débil contra el fuerte, y contra el déspota
al oprimido pueblo!

—¡Morir como un monarca, de mi sangre
en la púrpura envuelto!

Y Ricardo, el poeta de neurótico
y enfermizo cerebro;
el hipocondríaco de las rimas,
el cantor de lo tétrico,
de las tardes de Otoño, y de las tumbas
del viejo cementerio,
nos dijo, acariciando a un terranova,
su único inseparable compañero:

—Yo quisiera morir como he vivido.
Solo, en mi humilde lecho,
contemplando el retrato de mi madre
y acariciando trémulo,
en vez de ensortijadas cabelleras,
las sucias lanas de mi viejo perro!—

—¿Y tú?—me preguntaron.—Y yo, inmóvil,
permanecí en silencio,
contemplando las vírgenes desnudas
de los frescos del techo,
que, ocultas entre el humo del tabaco,
mostraban silenciosas, sonriendo,
las muertas esmeraldas de sus ojos
y las marchitas rosas de sus senos.

Callamos, y seguimos apurando
el opio del ajeno,
hasta que al fin, de codos en la mesa,
nos quedamos durmiendo.

.....
Soñé... Como anhelaban mis amigos
en la lid sucumbieron.

.....

¡Cuánta gente cruzaba por las calles!...
¡Qué solo iba el entierro!

¡Ni una virgen siquiera acompañaba
al funerario séquito,
formado de amarguras y pesares,
de burlas y desprecios!

Sólo detrás, aullando, le seguía
el vagabundo perro!

.
De pronto abrí los ojos, y dormidos
hallé a mis compañeros;
yo no sé si borrachos de amargura
o embriagados de ajeno.

Y entrando por la abierta cristalera,
un gran rayo de sol, con sus reflejos,
como nimbos de oro, coronaba
la cabeza del perro,
que, tendido a las plantas de su amo,
diligente velaba nuestro sueño!

Soledades

A MI CONCIENCIA

Yo te miro en mis horas de fiebre
y en mis tétricas noches de insomnio,
silenciosa, acercarte a mi lecho,
y enjugar con tus labios mis ojos.

En tu seno reclinas mi frente,
y en tus brazos me duermo dichoso,
como el niño en la cuna, escuchando
tus cantos que enervan lo mismo que el opio.

En el recio combate, si dudo,
o si herido a traición me desplomo,
tú, acudiendo en mi auxilio, me alzas;
en tus brazos me ofreces apoyo;
con tus dedos restañas mi herida
y me infundes valor con tu arrojo.

Hasta en esas horas,
 cuando altivo y loco,
 para ahogar mi dolor, a mi cuerpo
 en los brazos del vicio abandono,
 yo te he visto, de pie junto al tálamo
 donde mercenarios paroxismos compro,
 de vergüenza llorar, escondiendo
 en tus blancas manos tu pálido rostro!

En cambio, si triunfo del mal y mi frente
 de sangrientos laureles coronó,
 la primera sonrisa es la tuya
 y tu aplauso el primero que oigo!

En mis soledades a mi pluma guías;
 con tus besos acallas mis odios,
 y al roce suave de tus áureas alas
 mis versos se llenan de chispas de oro...

.....
 ¡Sigue, casta virgen, en pos de mis pasos!...
 ¡Que nunca me falte tu místico apoyo!...
 ¡Que no deje nunca de verte en mi lecho,
 suspirando en mis noches de orgía
 y llorando a la par cuando lloro!

.....
 ¡Sigue, casta virgen, dejando en mis versos
 de tus alas las chispas de oro!

CONFIDENCIAS